

complicado, de corrector de pruebas. Los libros en el Renacimiento se distinguían por su erudición, y la erudición demandaba profundo saber en las lenguas orientales y clásicas. Un corrector de pruebas entonces, según lo pedían los grandes trabajos y las grandes imprentas, necesitaba suma ciencia. Servet poseía casi la síntesis de los conocimientos de su tiempo. Y los libreros de mayor importancia entonces que había en Lyon, asalariaronle para que purgase y corrigiese la versión latina de Tolomé, poniéndola con su saber á toda la inconmensurable altura de aquellos sabios tiempos. Correcciones al texto afeado por la tradición, comentarios y escolios, complemento con las invenciones de tierras recién descubiertas, cuanto podía esclarecer un texto confuso é iluminar una ciencia ignorada, otro tanto hizo el pobre Servet, con aquella labor pacientísima y tenaz que distinguió en su tiempo y exalta en la posteridad, los inmensos trabajos del Renacimiento. Después de la geografía, Servet abrazó el estudio de la medicina. La escuela de París fué su gran maestra. Allí encontró como catedrático á Winther y como discípulo á Besario, los dos reveladores de la anatomía humana. Empezaba entonces el escalpelo á hundirse en el cuerpo buscando los secretos del organismo hasta entonces vedado á las investigaciones científicas. Aquella disección incipiente guardaba revelaciones insólitas é inesperadas para las ciencias fisiológicas. En los despojos de la muerte inquiríanse los secretos de la vida. Las ciencias mágicas, las divulgadas con el nombre de astrológicas vagaban sobre aquellas verdades, pero como sombras y nubes de otros tiempos, retenidas por la enormidad de las alturas. Eran como la imaginación que arrebola y presta colores extraños á la inteligencia. Pero en medio de todo esto, Servet prestaba inmensos servicios á las ciencias fisiológicas y las sabía con acierto aplicar á los problemas médicos. Enemigo del averroísmo en ciencia, como del aristotelismo en filosofía, como del catolicismo en religión, estudiaba la terapéutica y hacía progresar con grandes y continuos impulsos. Parece imposible, mas en la obra consagrada con tanto ahínco á la religión, se oculta el problema fisiológico del movimiento de la sangre. La circulación de este riego misterioso que mantiene la vida; las operaciones del ventrículo izquierdo del corazón; el auxilio prestado por los pulmones; el ministerio del ventrículo derecho; la conversión de la sangre venosa en la sangre arterial; el alimento del aire; la

coloración de los átomos sanguíneos, todos estos secretos dichos en tecnicismo anticuadísimo y mezclados con errores propios del atraso irremediable de las ciencias químicas, revelaron, sin embargo de tantas imperfecciones, un secreto cuya importancia solo puede compararse al secreto revelado también por entonces del movimiento de la tierra. Servet es el Copérnico de la Fisiología, como Copérnico es el Servet de la Astronomía. Las leyes naturales de la historia no quieren que profundice la verdad, y mucho menos la pruebe aquel mismo que la encuentra. Harvey más tarde, comentando y explicando el secreto de Servet, aparecerá, sin duda, respecto á éste como el gran Magallanes respecto á Colón, y como Keplero respecto á Copérnico, y como Newton respecto á Galileo, y como Morse respecto á Volta y á Galvani, el poseedor absoluto de la verdad completa. Pero reconociéndolo y proclamándolo así el género humano, guarda su admiración más entusiasta y más religiosa para estos iniciadores, para estos profetas, para estos Bautistas, para estos mártires, que abren los surcos del espíritu humano á ideas desconocidas y exploran inexplorados horizontes, y evocan nuevos mundos, y viven bajo el peso enorme de su propia abrumadora grandeza, y mueren mártires de su reveladora idea. Desgraciado hasta más allá del sepulcro como todos los hombres extraordinarios, muchas envidias le han salido al encuentro y le han disputado la inmarcesible gloria. Mas nadie hoy, purificadas las ideas en una más sana crítica y conocido el sublime ministerio de cada sabio en la ciencia y el papel de cada gran revelador en la historia, osa disputarle á Servet la revelación del misterio sublime á cuya luz se conocen y explican tantos secretos de nuestro misterioso organismo. Ha combatido en combates del alma y ha trabajado en trabajos titánicos sin recompensa y sin gloria, y ha muerto á la vida de un día en la hoguera del fanatismo, pero su nombre y su espíritu quedan como astros sin ocaso en los cielos de la inmortalidad.

La idea característica de Servet en la revolución religiosa es el combate á muerte con Calvino en particular y en general con todos cuantos profesan el dogma de la Trinidad cristiana. Su disputa con el fundador de la Iglesia ginebrina le posee y embarga por completo desde aquel día nefasto de su encuentro en París, hasta el día de su muerte y suplicio en Ginebra. Según el reformador iba fortaleciendo su Iglesia, el filósofo iba minando los funda-

mentos teológicos en que se asentaba y constituía. Sospechando que ninguno de los reformadores profesaba en toda su extensión y en toda su ortodoxia el dogma de la Trinidad, pretendía con empeño arrancarles declaraciones temerarias. En efecto, solo Zuinglio, entre todos ellos, conservaba el sentido tradicional y eclesiástico respecto á este sacratísimo dogma. Melancton, á pesar de sostener la serie de ideas mas cercanas por su sentido y por su enlace á la Iglesia tradicional, huye de todos estos problemas relativos á la esencia de Dios, á sus personas, á sus hipóstasis, á las relaciones entre estas personas é hipóstasis. Lutero, á su vez, omitió, al traducir la primera epístola de San Juan, el pasaje relativo á la Trinidad, y al modificar las letanías estas significativas palabras: *Sancta Trinitas unus Deus, miserere nobis*. Los historiadores de la Reforma cuentan que Farel mismo, el gran apóstol de Snida, elidó la Trinidad en la primera edición de su manual de doctrina cristiana, y solamente la incluyó despues de la lucha de Calvino con Servet y de la trágica muerte de este. En mil ocasiones el mismo jefe de la revolucion ginebrina se habia visto acusado por sus enemigos y rivales del pensamiento que privaba en la conciencia de Servet. Observador tenaz el filósofo español de la dirección que tomaban las ideas religiosas, comprendía cómo los mas ardientes reformadores participaban de su sentir y de su pensar en materia de tanta trascendencia, y deseaba presentarlos tales como en sí eran al mundo engañado respecto á sus ideas. Además tenia la naturaleza esencialmente batalladora de los sabios de su siglo. No les bastaba, no, á estos allegar la verdad, querían difundirla y en medio del ardor que producen la contradicción y la polémica. En la mitad del siglo décimosexto, ningun hombre de la importancia y de la influencia que Calvino, fundador de una Iglesia, en torno de la cual gravitaban todos los elementos democráticos de la revolucion religiosa. Y á Calvino se dirigió Servet con aquella vehemencia en el sentimiento y aquella audacia en el combate y aquella claridad en la idea y aquel descaro en la contradicción y aquel empeño en el ataque y aquella desvergüenza en el vejámen, que si caracterizaban á casi todos los literatos del tiempo, sobresalian con mucha especialidad en el extraordinario revelador de la circulación de nuestra sangre.

El ministerio redentor de la crucifixión de Cristo, las regeneraciones á

la especie humana traídas por la revelación cristiana, la eficacia del bautismo y de la eucaristía, la necesidad de recibir este sacramento como se recibe aquél despues de haber asomado la razón humana y despues de haber salido el hombre de la primera infancia; todos estos graves y trascendentales problemas, pensados de bien distinta suerte que los pensaba Calvino, constituían el tejido completo de las numerosas y largas cartas de Servet. El disentiimiento de sus ideas dimanaba principalmente de la situación diversa en que se hallaba cada uno de ellos colocado. Servet, como buen filósofo solitario, atento á la verdad pura, sin necesidad alguna de mirar á las realidades históricas, sin relación social de ningun género, guiado por el hilo invisible de sus abstractas investigaciones, veía tan solo el sublime y luminoso lado teórico de la nueva doctrina, mientras Calvino, jurisconsulto, político, práctico, verdaderamente organizador, atento al lado moral de la revolución y á las consecuencias sociales, tenia que sacrificar una parte considerable del pensamiento puro y abstracto en aras de la realidad. A los ojos de Servet, Calvino, que transigía con dogmas poco aceptos á la clara y pura inteligencia, era como un farsante; y á los ojos de Calvino, Servet, que combatía las bases teológicas de la Iglesia por él ideada para la purificación de Ginebra primero y despues del mundo, Servet era un rebelde. El uno, en la pureza de su idea dirigía con ahinco al otro dardos envenenados que le recordaban las transacciones con la realidad. Discutían, pues, un filósofo y un magistrado, aquel sin contar para nada con la autoridad ni con las leyes y este con mucha inclinación á perder á su contrario bajo el peso de su poder temporal y coercitivo. Por consiguiente, en los espacios puros de la teoría, Servet aventajaba siempre á Calvino, que al verse de fuerzas materiales dueño, y de una organización política y administrativa y judicial á su servicio, solo pensaba, no en contradecir, sino en castigar á su adversario.

El sabio reunía todas las palabras mal sonantes de la jerga latina en uso para lanzarlas así á la cabeza de Calvino como al dogma de la Trinidad. El reformador herido crecía en su natural soberbia y tomaba de superioridad incontestable retadores y agresivos aires. A tal ensoberbecimiento acrecentábanse las cóleras de Calvino, y en la tromba de estas cóleras asíanle á una los propósitos mas descabellados y las ideas mas aviesas. Naturalmente,

la crítica servetista encontraba pasto seguro en la ceguedad de la fe calvinista, en el menosprecio á las obras, en el combate á la libertad, en la gracia casi fatalista, en las logomaquias relativas al siervo arbitrio, en las dudas sobre la Trinidad, en la incertidumbre acerca de la Cena, en el despotismo de los reformadores, en los vicios de la organizacion eclesiástica, en los lados flacos ofrecidos á la censura por todas aquellas doctrinas que no solo son teoría lógica en la mente, sino vida y vida exuberante y ardentísima en la realidad. Cuando las acerbidades múltiples de Servet llegaban á su mayor acritud y los dicharachos y vociferaciones á su mayor violencia, Calvino se callaba y ofrecia un silencio despreciativo á tanta y tan enorme audacia.

Pero entonces apelaba Servet, poseido de la impaciencia por el apostolado y difusion de sus ideas, á la escritura y á la imprenta. Todo aquello que pensaba sobre la naturaleza de Dios, sobre la virtud del *logos* ó Verbo, sobre la divinidad de Cristo, lo resumia bajo un título mas ó menos propio, lo cortaba en segmentos mas ó menos sistemáticos, lo escribía con la eléctrica celeridad propia de sus improvisaciones, y, guardándose una copia, lo mandaba de contado á Calvino para que aprendiera ciencia teológica, diciéndole que estaba dispuesto á ir en persona hasta Ginebra para explicarle con claridad y de palabra el texto mismo que le remitía para su asombro y confusion. Calvino, acostumbrado á la dictadura omnipotente por su idea ejercida en Ginebra desde su regreso último, apenas daba crédito á los ojos con que leía el provocador manuscrito, cuyas líneas centelleaban como si estuvieran trazadas con fuego del infierno, y le movian al desquite y á la venganza.

Pero Servet no se contentaba, no, con remitir el libro á Calvino; queria difundirlo y propagarlo por el mundo. Mandábalo á Basilea para que lo imprimieran, y de Basilea se lo devolvian intacto é incólume los editores aterrados. Habitando á la sazón Viena de Francia, y teniendo entre sus discípulos al obispo de la diócesis y entre sus clientes al alcalde y gobernador de la ciudad, á quien habia evitado con los prodigios de su ciencia la muerte de una hija, pensó quizá que allí podia con mayor seguridad y descanso que en ninguna otra parte imprimir su peligroso volúmen, y lo imprimió en prensa clandestina, montada por él adrede para tal objeto. Entonces ocurriósele á Calvino una idea horrible. Al ver á Cristo convertido de su naturaleza divina en natu-

raleza divinizada, al ver su revelacion convertida en una especie de luz natural por cuya virtud vemos las criaturas al Criador, al observar como se restauraban en aquellas páginas las emanaciones de los gnósticos para explicar el mundo y como renacia el alma universal para explicar el sér, al sentir la desaparicion de la individualidad de las personas y de las cosas en el gran Todo, especie de océano en que iba la vida de cada sér á desaguar eternamente, reducidos los sacramentos á dos, la comunión y el bautismo, tachado de supersticion todo culto externo, confundido el sér absoluto con el mundo y el alma humana con la divinidad, el reformador de Ginebra creyó de su deber esgrimir en el pecho de aquel sabio la espada del Estado poseida por su Iglesia, y juró la persecucion y la muerte. Lo mas horrible para Calvino fué, que, al fin de la obra y como apéndice, publicó Servet las treinta cartas contra él dirigidas en que le llamaba fanático, supersticioso, traidor, embustero, farsante y ladron.

El expediente inventado por Calvino para deshacerse de Servet, no puede ser mas abominable: la delacion y la delacion indirecta. Cierta mercader de Lyon, por motivos religiosos segun unos, y segun otros por motivos mercantiles, habia dejado la ciudad del Ródano é ídose á la ciudad del Lemán. En esta ciudad habia con fervor abrazado la causa de Calvino y seguídole hasta en sus supersticiones y en sus odios. Recibia el tal mercader diariamente cartas de sus paisanos, en las cuales á la continua le rogaban que volviese á los senos de la patria francesa, madre de su cuerpo, y á los senos de la Iglesia católica, madre de su alma. Bajo la inspeccion de Calvino, contestaba con asiduidad á estas cartas, en las cuales decia todo cuanto se le dictaba en defensa del reformador. Y una vez, para mostrar la superioridad cristiana de Ginebra sobre Francia y sus ciudades, apuntó la idea de que no se consentiria de ninguna suerte allí lo que se estaba consintiendo en Lyon primeramente, y luego en Viena, la presencia de un blasfemo, el cual injuriaba con los calificativos mas denigrantes y horribles á la Santísima Trinidad. En estas contestaciones, para dar pruebas de lo dicho, envióse á Lyon, desde Ginebra, el libro impreso. El 15 de marzo de 1553 tenian ya noticia las autoridades competentes del crimen de Servet; y al dia siguiente, habíase ya registrado, aunque en vano, la casa de Servet, por los familiares de la terrible